

Huellas de género en el mar, el parque y el páramo

Susan Paulson, Susan V. Poats y María Argüello, editoras



© EcoCiencia y Corporación Grupo Randi Randi
Reservados todos los derechos
Impreso en el Ecuador 2009

Cuidado de la edición: María Cuvi Sánchez
Diseño de portada y páginas interiores: Antonio Mena
Mapa: Unidad de Geografía, Lab. SIG/SR

Impresión: Abya Yala
Número de ejemplares: 500

Esta obra debe citarse así:
Paulson, Susan, Susan V. Poats y María Argüello, editoras. 2009.
Huellas de género en el mar, el parque y el páramo.
Quito: EcoCiencia, Corporación Grupo Randi Randi y Abya Yala.

Distribución y canje:
EcoCiencia
Francisco Salazar E 14-34 y Coruña
Quito, Ecuador
Casilla postal: 17-12-257
Telefax: (593) 2 2522999 y 2545999
www.ecociencia.org
info@ecociencia.org

Corporación Grupo Randi Randi:
Calle Bourgeois N34-389 y
Abelardo Moncayo
Quito, Ecuador
Telfs: (593) 2 2434164 y 2431557
Fax: (593) 2 3319462
Celular: 098306248
www.gruporandi.org.ec
administración@gruporandi.org.ec

Ediciones Abya Yala
Av. 12 de octubre 14-30 y Wilson
Quito, Ecuador
Casilla postal: 17 12-719
Telfs: (593) 2 256247 y 2506251
Fax: (593) 2 2506267 y 2506255
www.abayala.org
editorial@abayala.org

Esta publicación ha sido auspiciada por el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, IDRC, en el marco de los proyectos: "Fondo de becas de investigación para tesis sobre género y gestión de recursos naturales", ejecutado por EcoCiencia, y "Tejiendo redes entre género y biodiversidad", ejecutado por la Corporación Grupo Randi Randi, CGRR.

Alentamos la reproducción total o parcial de las ideas que constan en este libro siempre y cuando se cite la fuente.

ISBN: 978-9978-9940-0-9
Derechos de autor: 029867

Índice

Agradecimientos	vi
Presentación	vii
Introducción: Nuevas huellas en el paisaje intelectual de género y ambiente en el Ecuador	I
Por Susan Paulson	
“A veces las mujeres también entramos al mar”. La pesca de camarón en Machalilla	13
Por Saraswati Rodríguez Ledesma	
Androcentrismo en la valoración económica del Parque Metropolitano Guanguiltagua	35
Por Cristina Vera Vera	
“Para no enfermar es mejor no ir solas”. Cuerpo, salud y paisaje en la Sierra	57
Por María Alexandra Costales Villarroel	
Cuidando el páramo sin descuidar la igualdad. Ana, la mujer guardaparques	77
Por Nadia Ruiz Alba	
Cuerpos sexuados en el paisaje	105
Por Susan Paulson	
Bibliografía	125
Siglas y acrónimos	133
Sobre las autoras y editoras	135

Cuerpos sexuados en el paisaje

Por Susan Paulson

Resumen

En este artículo Paulson despliega una mirada crítica sobre las huellas dejadas por el género y la sexualidad en los paisajes biofísicos e intelectuales del Ecuador; las discrepancias observadas entre las ideologías y las prácticas de género; las posibilidades y los peligros de transgredir las fronteras del género y la sexualidad; y, el impacto de las fuerzas históricas sobre las realidades de género y ambiente. Interpreta asimismo, los resultados de estudios recientemente realizados en el Ecuador, de cara a las investigaciones y teorías desarrolladas en América Latina y en otras partes del mundo.

Abstract

This critical reflection on Ecuador's gendered landscapes, both physical and intellectual, reveals dramatic discrepancies between gender ideologies and gendered practices, raises possibilities and dangers of transgressing gender and sexual frontiers, and explores impacts of historical forces on gender and environmental realities. Results of recent Ecuadorian studies are interpreted in the context of research and theory developed across Latin America and around the world.

Este ensayo explora tendencias y preguntas conceptuales del campo de género y ambiente, iluminadas por varios estudios realizados en el Ecuador desde principios del siglo XXI. Los temas tratados incluyen las relaciones dialécticas –y a veces contradictorias– entre los imaginarios ideológicos y las realidades prácticas; la organización y significación del paisaje biofísico a partir de los sistemas de género y sexualidad; las posibilidades y riesgos de moverse a través de espacios marcados por el género social; algunos supuestos y visiones culturales que están detrás de los conceptos y métodos científicos; el cuestionamiento de categorías de análisis convencionales como “la familia”, “el hombre” y “la mujer”; los impactos históricos coloniales, modernos, globales; y, finalmente, nuestras posibilidades de impactar en los procesos históricos en los cuales se desarrollen nuevas realidades ambientales y de género.

I. Ideologías y prácticas

En el libro *Huellas de género en el mar, el parque y el páramo* se reúnen varios estudios recientes sobre las relaciones entre género y ambiente, las mismas que toman en cuenta roles y actividades prácticas, asociaciones simbólicas, paisajes físicos e intelectuales que no son isomorfos. Especial interés revisten las situaciones en las cuales las representaciones ideológicas no parecen corresponder a los arreglos prácticos. Todo acto humano es material y significativo a la vez. Lo fascinante y creativo de las culturas humanas radica en las relaciones dialécticas entre los imaginarios ideológicos y las realidades materiales. Los estudios que conforman este libro llaman la atención por las disyunciones entre los discursos simbólicos sobre el género social y el ambiente que se escuchan en determinados contextos, y las prácticas empíricas observadas por las investigadoras. Si bien esas aparentes discrepancias pueden ser consideradas como “falsa consciencia” (siguiendo a Marx), “hegemonía” (según Gramsci) o “ideología patriarcal” (en la crítica feminista), lo interesante es preguntarse cómo y por qué funcionan de esa manera y qué implicaciones tienen para la gestión ambiental y los sistemas sociales.

La investigación de Alexandra Costales demuestra que mientras la gente de la sierra ecuatoriana habla y piensa utilizando el binario hombre-fuerte/mujer-débil, en la práctica muchas mujeres indígenas de Angla se muestran fuertes, valientes y son reconocidas por estos atributos. La vinculación ideo-

lógica construida entre mujer, debilidad y cobardía no está únicamente presente en la concepción de salud y enfermedad, sino en otros aspectos culturales como el trabajo agropecuario. Según el discurso de la gente indígena de Angla, lugar donde Alexandra realizó su estudio, las mujeres sólo deben hacer las actividades menos pesadas como cosechar y sembrar. No obstante, en la práctica, ellas realizan todas las tareas agropecuarias incluso las más pesadas. Es más, la misma gente del lugar afirma que, en general, ellas se dedican más a las labores agrícolas que los hombres, quienes frecuentemente migran y trabajan en otras actividades.

El estudio de Saraswati Rodríguez contribuye a desconstruir otra de las polaridades que comúnmente aparecen en el campo de género y ambiente: la representación mujer-playa/hombre-mar que domina la ideología costeña. En los Ciriales, la comunidad estudiada, ella observa que mientras los discursos sociales definen al hombre como pescador y a la mujer como madre de familia, en la práctica hay mujeres que entran a pescar en el mar con regularidad y desde hace años. Mientras que en la pesca de sardinas rige la norma de hombre en el mar a pescar y mujer en la playa a descabezar, la pesca de camarón tiene otra organización social; en ésta participan el padre, la madre, las hijas y los hijos desempeñando múltiples tareas en los dos espacios ambientales: mar y tierra.

La ecología política feminista es un marco teórico y metodológico que ayuda a ver las relaciones entre los roles prácticos del manejo de recursos naturales, los significados simbólicos y la distribución del poder de decisión, a fin de analizar el impacto de tales relaciones en las situaciones humanas y naturales (Rocheleau, Thomas-Slayter y Wangari 1996; Paulson y Gezon 2004). Siguiendo esta línea, Nadia Ruiz arguye que "En cualquier sociedad, el género es un sistema que determina el acceso y control sobre la tierra, el trabajo, los recursos, las instituciones y los servicios". Las voces recogidas en este libro demuestran que tanto los hombres como las mujeres de las comunidades estudiadas sostienen que ellas son débiles, que no son pescadoras ni agricultoras, que no tienen la fuerza necesaria para ser guardaparque. A la vez, los estudios describen la participación activa de mujeres y hombres en el uso de los recursos naturales: la agricultura en Angla, la pesca en los Ciriales, el cuidado de los páramos en el Carchi, y el uso del parque Metropolitano de Quito. Lo que parece una contradicción sin duda tiene su por qué.

¿Es que las prácticas discursivas en las cuales las mujeres no son nombradas ni agricultoras, ni pescadoras ni guardaparques limitan su acceso al poder

y prestigio en esos ámbitos? ¿O es que las designaciones ocupacionales tienen menor significado para las mujeres, puesto que sus identidades están más relacionadas con la de ser mujeres y madres, que con el desempeño de ocupaciones específicas? ¿La aceptación tácita de que las mujeres trabajan en la agricultura, la pesca y la silvicultura sirve para maximizar la explotación de su trabajo? ¿O, al contrario, tal aceptación permite a las mujeres tener un mayor grado de libertad? Las evidencias presentadas en este libro sugieren que esas tendencias coexisten provocando, a veces, una fértil tensión.

Las ideologías de género frecuentemente defienden el *status quo*, se resisten al cambio e, inclusive, nos pueden llevar a negar o desconocer cambios reales en el mundo. Nadia Ruiz cuenta que "Todas las personas consultadas han coincidido en señalar al machismo imperante en sus comunidades como una de las mayores dificultades para que haya mujeres guardaparques". Siguiendo a Victoria Sau (2001), Ruiz define el machismo como una actitud personal expresada por medio de actos físicos o verbales, que se apoya en un sistema social: el sexismo. Éste último es aquel conjunto de mecanismos propios de la estructura social del patriarcado que mantienen la situación de inferioridad, subordinación y explotación de mujeres. Las actitudes machistas que invisibilizan ciertas actividades productivas-ambientales realizadas por las mujeres, y que condenan o ridiculizan ciertas acciones no-normativas cuando son ejecutadas por hombres, funcionan para impedir que nuevos modelos de hombre y de mujer surjan en la sociedad y, junto con ellos, nuevas maneras de interactuar con el ambiente. Todos los casos estudiados demuestran que cuando los contextos sociales e históricos cambian, las actividades y roles de la gente también cambian. Aquellas actitudes que desconozcan o descalifiquen ciertas innovaciones pueden dificultar el desarrollo de una mayor participación y responsabilidad compartidas, esencial para la conservación comunitaria y una gestión ambiental co-responsable.

Al mismo tiempo es imprescindible considerar las ideologías de género y ambiente que promueven y reconocen la participación de todas y todos y el beneficio que de allí se desprende. Tenemos mucho que aprender de las culturas tradicionales que sobrevivieron por siglos gracias a cosmovisiones y prácticas que garantizan el acceso de todas las mujeres y todos los hombres, y que promueven la sustentabilidad de los recursos. Al final de este ensayo, consideramos algunas visiones actuales que promueven el balance armonioso entre los grupos humanos y los recursos naturales en el siglo XXI.

2. Paisaje biofísico

Mirar críticamente las relaciones entre los seres humanos y los recursos naturales revela que los sistemas de género y sexualidad comprenden no sólo los cuerpos humanos sino también los paisajes a su alrededor. En la sierra, por ejemplo, Alexandra Costales reporta que "En la visión local, la naturaleza es sexuada: hay cerros femeninos, otros masculinos, otros con una dualidad sexual, existen amoríos entre ellos; también las quebradas, los *pu-guios* son masculinos y/o femeninos y se enamoran de muchachas o muchachos reteniéndoles a su lado. Todo esto es parte del sistema de género que integra a humanos con elementos que nosotros identificamos como naturales y sobrenaturales".

Si hay fenómenos y lugares naturales identificados como masculinos y femeninos, también hay espacios pertinentes a diferentes categorías humanas. A los cuerpos que pasan por determinados espacios se les asignan ciertos significados de género y sexualidad. La asociación simbólica entre unos espacios y una identidad sexual/de género deshonrada es un hilo común en las investigaciones en el Ecuador; donde parece funcionar para limitar el acceso a determinados espacios por parte de aquellos grupos de personas que quieren mantener una buena reputación. Alexandra Costales demuestra que en la sierra existe una conexión entre la honra familiar y la demarcación del movimiento de las jóvenes a un área determinada; esto informa su interpretación de las concepciones de salud y enfermedad, las mismas que incorporan tabúes que impiden el acceso de ciertos grupos humanos a determinados espacios ecológicos. De esta manera los tabúes actúan como mecanismos de control sobre la sexualidad y la identidad. Saraswati Rodríguez observa que en la costa, "Desde el punto de vista de los pescadores, la mujer que se atreva a trabajar en una embarcación sardinera estaría resuelta a brindar favores sexuales, y pese a que esto no sea así, la población en general lo asume como tal". En Carchi, un comentario insinúa que Ana, la guardaparque, es adúltera por el hecho de entrar en el páramo con colegas casados. Según una de las entrevistadas, hasta las reuniones de gestión ambiental comunitaria son lugares problemáticos para mujeres casadas.

Hay organizaciones que sí se organizan las mujeres con los hombres pero no funcionan. No es porque las mujeres no quieran asistir, sino por el problema que tienen con los cónyuges en casa. Porque si se van a una reunión al regresar tie-

nen problemas. 'Dónde estuviste, cuánto tiempo te estás, y en qué pendejadas estás'. Y para no tener problemas, las mujeres dicen: 'yo mejor me retiro'. Y se quedan dos o tres nomás y ahí ya no hacen nada.

Los significados de género no sólo tienen que ver con el espacio en abstracto, sino con el espacio relativo a otros seres, por ejemplo, la distancia física entre una mujer y sus hijos e hijas. Nadia Ruiz observa que no significa lo mismo para un hombre dejar a sus hijos e hijas con su esposa, hermana o madre, que para una mujer dejarlos con familiares. Para Ana, el hacerlo le genera sentimientos de culpa, además de que no está totalmente aceptado por los demás.

Las representaciones científicas de los espacios físicos y las normas sobre su uso también están pobladas de cuerpos sexuados y con género, muchas veces implícitamente. Cristina Vera arguye que ciertos modelos de la economía ambiental representan un mundo de seres masculinos, y que ciertas políticas económicas influyen en el tipo de cuerpos que habitan los espacios ambientales. Aunque a primera vista su análisis de valoración contingente del Parque Metropolitano de Quito sugiere que las mujeres valoran menos el espacio natural, luego la economista demuestra que existe una correlación entre su menor voluntad de pagar y un ingreso económico menor que el de los hombres, lo cual sugiere que la capacidad de pago de la entrada influye en la valoración que las mujeres expresan del espacio natural. Así, si el municipio cobrara entrada a ese Parque, probablemente disminuiría el número de cuerpos femeninos que accederían a este espacio natural.

Existen patrones diferenciados no sólo en las categorías de las personas que utilizan un espacio físico, sino también en la circulación de cuerpos dentro de un mismo espacio. Los estudios anteriores al de Vera revelaron las tensiones con respecto a qué cuerpos deberían tener un lugar privilegiado en el Parque Metropolitano. Por ejemplo, Gómez (2001, 42) observó rivalidades entre corredores, caminantes y ciclistas, cada cual tratando de tener derecho sobre los senderos; también entre los visitantes que llevan mascotas al Parque, y los que no quieren ser molestados por perros.

Finalmente, el ambiente físico tiene impactos diferenciados sobre las distintas categorías de personas. En un estudio sobre los impactos de la contaminación del aire en la ciudad de Quito, Jacqueline Contreras (2006, 71) encuentra que "Desde un punto de vista de género, los efectos de la contaminación del aire afectan más a las mujeres que a los hombres, y desde un pun-

to de vista de clase afectan más a los hombres y las mujeres pobres." Los hogares con menos recursos económicos tienen dificultades para mudarse de un barrio contaminado; dentro del espacio contaminado "son las mujeres las que, además deben extender e intensificar su jornada de trabajo para ayudar en la recuperación de las personas enfermas, y para limpiar y mantener los muebles y enseres que permanentemente se ensucian por el humo" (2006, 83).

En suma, la identidad de una persona influye en los espacios que puede habitar o transitar. Y los espacios por los cuales una persona transita influyen en su identidad social y en su cuerpo físico.

3. Transitar los terrenos de género

¿Qué pasa cuando las personas se mueven a través de espacios que no corresponden a sus identidades? Tres de los estudios de caso presentados en este libro describen a mujeres que se desempeñan en espacios simbólicamente asociados a los hombres: en los trabajos agrícolas, como guardaparque y en la pesca marina. Tomando en cuenta la gama de reacciones, los tres estudios sugieren que estas mujeres son respetadas por su trabajo, aunque también criticadas por sus transgresiones. Al mismo tiempo es claro que estas mujeres no adquieren la misma identidad vocacional que tiende a ser asociada con hombres que trabajan en estos espacios.

Las observaciones de Alexandra Costales sobre las indígenas serranas que "ayudan" en la producción agropecuaria (a tiempo completo), hacen eco del artículo de Jenny Pontón (2006) "El trabajo femenino es solo ayuda", realizado en una comunidad ubicada en los límites entre la sierra y la costa del Ecuador, donde "Hombres y mujeres están de acuerdo en que ellas participan activamente en todas o casi todas las etapas del ciclo productivo de cacao. Inclusive, según los testimonios, ellas intervienen aún más que los hombres, debido a que muchos salen a trabajar como jornaleros u obreros... Sin embargo, en los casos citados se considera su labor como una "ayuda" al trabajo de los hombres" (2006, 53).

Saraswati Rodríguez cuenta que las mujeres que entran al mar son respetadas por mostrar características consideradas masculinas: fuerza para levantar las redes y para la captura, coraje para vencer el miedo al mar, y conocimiento de la vida marina. Un pescador comenta, "Ellas se ponen su overol y

botas y están listas para entrar a pescar; son fuertes, como hombres mismos . . ." (Don Eloy, 45 años). También en la pesca, su trabajo es representado como "ayuda" al esposo o a la familia. Rodríguez resalta esta tendencia discursiva en la cual las capacidades y los conocimientos de las pescadoras "se ven invisibilizados ante la condición de ser mujer; es decir, su cuerpo sexualizado es más importante que sus actividades en el mar."

Entiendo la preocupación de Rodríguez por una situación en la cual la identidad social de una mujer parece estar construida más en relación con sus órganos sexuales que con sus logros personales o su trabajo productivo. También veo la otra cara de la moneda: aquella en la cual la identidad atribuida a la mujer como esencia inherente le otorga cierta libertad para realizar una gran variedad de actividades prácticas, sin poner en riesgo su identidad de género. Ser fuerte como hombre y pescar en el mar no parecen desplazar la identidad femenina; las pescadoras siguen siendo identificadas como "mujeres" o "madres de familia". Aprecio esta libertad sobre todo cuando pienso en situaciones en las cuales los hombres tienen poca oportunidad de salirse de las actividades y características consideradas "masculinos" sin poner en riesgo su identidad básica: ser hombre. En tiempos de crisis económica, por ejemplo, las presiones culturales en algunas comunidades virtualmente prohíben al hombre desempleado asumir las tareas domésticas de su familia. Si no tiene empleo, él se siente menos masculino. Ayudar en la casa amenazaría aún más dicha identidad. Más bien, él se siente presionado a recuperar su masculinidad en el bar o en la conquista sexual.

Alexandra Costales arguye que "es más fácil que una mujer realice actividades consideradas masculinas pues con ello no pierde su feminidad ya que su identidad de género es un estado de ser antes que de hacer; mientras que los hombres deben mostrarse como tales a través de sus actos". Con seguridad, mientras las mujeres en estos tres casos presentados ganan respeto ostentando estereotipos masculinos, se han publicado pocos casos en América Latina en los cuales los hombres ganan respeto mostrando atributos considerados femeninos.

Un análisis de discurso muestra esa tendencia a representar a los hombres más en relación con su quehacer (guardaparques, pescadores, agricultores, migrantes) y a hablar de las mujeres más en referencia a su ser y su familia (mujeres, madres, esposas). Mientras ellas son identificadas como "mujeres", a pesar de realizar importantes actividades asociadas con la masculinidad, ellos no son considerados "hombres" si no realizan actividades masculini-

nas, peor aún si realizan actividades femeninas. Así, las mujeres sufren porque el trabajo productivo-ambiental no les otorga prestigio público y poder de decisión, mientras los hombres sufren porque la amenaza de ser tachado "no hombre" no les permite incursionar en una gama de actividades y espacios asociados a la feminidad.

En un taller sobre masculinidades realizado en Bolivia, Jimmy Tellería y Henry Pers López (1996) recolectaron testimonios de hombres que recuerdan haber sido amenazados y castigados por mostrar apenas una característica interpretada como femenina. Unos contaron que sus padres los llamaron "maricón" por entrar en espacios de mujeres o mostrar emociones asociadas con mujeres. "Cuando se cae un niño le decimos 'no llores se macho', si es niña le decimos 'mamita pobrecita'" (1996, 26). "El hombre tenía que estar olor a sudor, pólvora, tierra y tabaco, la mujer olorosa como una flor" (1996, 19).

Otro ejemplo proviene de Iquitos, Perú, donde facilité un curso sobre género y ambiente dirigido a ingenieros forestales. Hacía el final de 15 días de talleres, visitas al campo y análisis de los conocimientos y prácticas ambientales entre diversos hombres y mujeres de la zona, uno de los participantes dio el siguiente testimonio.

Está bien trabajar con las mujeres y los hombres en el bosque. ¿Y si yo tengo mis propios problemas de género? Tener una profesión y mantener a la familia me hace un buen hombre. Al casarme todo fue bien. Yo ganaba bien, mi esposa atendía la casa y nuestros dos hijos. En los últimos años, la situación económica está cada vez peor y mi esposa tuvo que buscar trabajo. Ahora ella llega del trabajo, atiende a los hijos, sirve la cena y cae en la cama exhausta. Cuando mi mujer no quiere hacer el amor conmigo, me hace sentir menos hombre. Yo trato de ayudarla, pero cuando me ven con actividades femeninas, los demás me llaman de maricón y me hacen sentir menos hombre. Cuando yo estaba colgando la ropa, un vecino pasó y me dijo ¿Qué te pasa mandado, ya estás lavando las medias de tu esposa? Mi suegra insinúa que su hija se ha arruinado por no casarse con un hombre de verdad que pueda mantener a la familia. Mi madre critica a mi esposa por no cumplir sus tareas domésticas, obligándome a realizar labores castrantes. Así que estoy en una situación de género donde un hombre no puede ganar.

En resumen, las expectativas culturales de género organizan el acceso de diferentes grupos de género a diferentes espacios y actividades en el paisaje físico. Al mismo tiempo, las maneras en que los cuerpos sexuados habitan y

transitan el paisaje influyen en las identidades de género. Uno de los resultados más interesantes de los estudios contenidos en este libro es descubrir que la relación identidad-ambiente es diferente para diferentes grupos de género no sólo en términos de contenidos (cuáles espacios ambientales transitan, cuál trabajo realizan con cuáles recursos naturales), sino también en las reglas del juego que rigen sus identidades. Los ejemplos sugieren que ocupar ciertos espacios de género otorga más prestigio simbólico a los hombres que a las mujeres, mientras ciertas expectativas de género permiten más libertad práctica a las mujeres.

4. Paisaje científico-intelectual

El paisaje científico-intelectual es una parte vital de la relación género-ambiente pocas veces considerado en las iniciativas técnicas y en las políticas públicas. En su artículo "Alicia en el país de la biodiversidad", María Cuvi (2006) identifica que uno de los desafíos más profundos que enfrenta el trabajo con género y ambiente en el Ecuador es el predominio de los principios de neutralidad y objetividad en los currículos universitarios y la investigación científica. Cuvi observa que "Estos principios impiden a docentes, hombres y mujeres, tomar conciencia, tanto del carácter androcéntrico de la ciencia que practican, como de la interrelación entre las relaciones de género y el resto de las relaciones sociales" (2006, 107). Reconociendo que toda ciencia es influida por su contexto histórico-cultural, y que todo contexto histórico-cultural está organizado y significado en términos de género, aquí damos pasos para tomar conciencia de los supuestos, sesgos y visiones culturales que están detrás de algunos conceptos y métodos científicos.

Cristina Vera responde a este desafío con una reflexión crítica sobre los conceptos y métodos de la economía ambiental que ella misma aplicó en su investigación de tesis. Más allá del sesgo de imaginar al *homo economicus* como ser masculino, ella apunta las limitaciones de verlo como actor-individuo motivado por su propia razón, y no como parte de un sistema integrado por actores interdependientes entre sí y diferenciados en términos de aspiraciones, conocimientos, derechos y acceso a recursos. "La valoración económica del ambiente se basa en la medición del cambio en el bienestar del 'individuo' frente a los cambios de la calidad ambiental . . . los bienes consumidos por un 'individuo' contribuyen a su satisfacción, bienestar o utilidad según el

argot económico. Lo anterior significa que se excluye sus preocupaciones por la satisfacción o los sufrimientos de otras personas, pues no están dentro de su función de utilidad (Cobb y Herman 1993)".

Un paisaje intelectual que torne más visibles las dinámicas de género en las cuales las valoraciones, decisiones, acciones no son únicamente cuestión del individuo, ni siquiera del individuo diferenciado, sino partes interrelacionadas de un sistema dinámico, daría lugar a diferentes conceptos y métodos de investigación, y produciría diferentes resultados científicos y diferentes políticas e iniciativas ambientales.

Ciertas características del paisaje científico-intelectual contribuyen a reproducir ideologías de género que desmienten la evidencia empírica. Un lugar donde la discrepancia es dramática es entre el modelo de familia que domina la investigación y los proyectos ambientales, por un lado, y las realidades familiares documentados en los censos y los estudios de campo, por el otro.

En los años noventa del siglo XX hubo reformas en las Constituciones de nueve países latinoamericanos, en las cuales se los definieron como sociedades multiculturales y pluriétnicas; también hubo reformas educacionales y campañas de comunicación social, a través de las cuales se visibilizaron la diversidad lingüística y cultural de la región. No obstante, la idea uniformadora de "la familia", como si ésta estuviera conformada solo por una pareja heterosexual casada con hijos e hijas legítimos-as, sigue presente en una diversidad sorprendente de fuentes: el código familiar; la catequesis y los sermones; los movimientos indígenas que idealizan "la complementariedad andina"; las organizaciones feministas que ubican la opresión de las mujeres en las relaciones conyugales; y los programas nacionales e internacionales de desarrollo que utilizan a la familia nuclear como unidad de análisis, beneficio y evaluación.

Este imagen se refuerza por lo que Arjun Appadurai llama "*mediascapes*" (1996) en las cuales los productos de consumo, televisión, radio, incluso útiles escolares, presentan imágenes de las familias que van desde los Picapiedras prehistóricos hasta los Simpsons contemporáneos y los Supersónicos del futuro, todas constituidas por un matrimonio monogámico con hijos e hijas legítimos-as que viven en una casa unifamiliar, protegidos por un amado perrito o dinosaurio. Estos discursos potenciados por los medios masivos de comunicación social oscurecen las realidades de la mayoría de los hogares del continente americano, que no está constituida por familias nucleares. The

Fact Book (2008) informa que, entre los hogares urbanos, sólo el 31,8% en Venezuela y el 11,7% en Argentina son familias nucleares. El Censo de EEUU 2002 indica que el 23% de los hogares está constituido por una pareja casada con hijos e hijas, y que sólo el 7% de los hogares de ese país son conformados por una pareja casada con hijos-as en que sólo el hombre trabaja (estilo Supersónicos o Simpsons). En el censo realizado en Bolivia en 2001, el 32% de los hogares es nuclear (Bolivia, INE s/f, 64).

Un ejemplo de Bolivia demuestra cómo un modelo conceptual puede influir profundamente en los arreglos materiales de control y acceso a los recursos naturales. El Decreto Ley de Reforma Agraria de 1953, Capítulo I, artículo 77 declara que: "Todos los bolivianos, mayores de 18 años, sin distinción de sexos, que se dediquen o quieren dedicarse a las labores agrícolas, serán dotados de tierras donde existan disponibles de acuerdo a los planes del Gobierno, y siempre que en el término de dos años implanten trabajos agrícolas." A pesar de este decreto y desconociendo el hecho empírico de la participación muy activa de las mujeres en la producción agropecuaria, el concepto de género y familia que dominó el paisaje científico-intelectual contribuyó a que casi todos los títulos fueran inscritos a nombre de los hombres. En el mismo período, el Ministerio de Asuntos Campesinos organizó sindicatos campesinos constituidos por personas oficialmente designadas "hombres jefes de familia". En estos arreglos se limitó el acceso de las agricultoras a la tierra y a la participación en las decisiones comunales sobre la gestión ambiental, a lo que ellas pudieran conseguir a través de sus parejas sexuales, un cambio significativo frente a otros sistemas culturales de acceso y gestión de los recursos naturales, en los cuales mujeres y hombres han jugado roles activos y distintos (*aini*, *mink'a*, parentesco, compadrazgo).

Durante las décadas de 1970, 80 y 90, los impactos locales de estas políticas de titulación de tierra y organización sindical se multiplicaron debido a que las agencias de desarrollo prefirieron trabajar con los sindicatos campesinos y vincular su apoyo técnico y financiero a la tenencia de la tierra. Detrás de estas decisiones vitales está el supuesto universal de la familia nuclear encabezado por un jefe, supuesto que contrasta marcadamente con los datos del censo nacional de 2001 antes mencionados en que menos de la tercera parte de los hogares está constituida por familias nucleares.

En mi análisis de una serie de proyectos agrícolas que promovieron la expansión e intensificación de la producción comercial en las parcelas privadas, constato que hubo una tendencia orientada a fortalecer las familias más

normativas y ricas a través del apoyo a sus jefes (Paulson 2007). Irónicamente, las iniciativas de "mujer y desarrollo" introducidas en los años noventa del siglo XX, a veces profundizaron esa tendencia, ya que las oportunidades de capacitación, crédito, y tecnología estuvieron diseñadas para servir a las mujeres de esas mismas familias normativas. El doble apoyo externo permitió que determinadas parejas pudieran expandir su frontera agrícola, cultivar más terreno y utilizar más agua. Este proceso tuvo costos ambientales no deseados a varios niveles; en particular socavó los recursos comunales, fuente de vida de muchas familias menos ricas y normativas, quienes se habían ganado la vida a través de actividades que dependían de recursos comunales, por ejemplo pastoreando el ganado de otras familias o recolectando leña para vender.

A fines del siglo XX este fenómeno se generalizó tanto que surgió otra onda de "mujer y desarrollo" dedicada a "la pobreza extrema" y "las mujeres más vulnerables", entre ellas "las madres solteras". Desafortunadamente, ante la ausencia de un análisis crítico de los supuestos de género vigentes en el paisaje científico, los proyectos de artesanía y micro-crédito se limitaron a "ayudar" a las personas marginales, en vez de indagar cuáles fueron los modelos de desarrollo que contribuyeron a tal marginalización social y degradación ambiental.

El discurso profesional dominante no representa a las madres solteras como agentes de cambio, sino como un sector vulnerable de la sociedad y la causa del sufrimiento de su familia. Tratar como minusválidos ("incompletos", "sin cabeza", "rotos") a los hogares en los que se percibe la falta de un jefe patriarcal es una actitud curiosa en América Latina, donde la proporción de hogares liderados por mujeres llega hasta el 40% en algunos países. Hace una generación, Elsa M. Chaney (1984) analizó los datos de los censos de 20 países latinoamericanos y encontró que, aproximadamente, el 30% de hogares estaba encabezado por una jefa. Investigaciones recientes encuentran que este porcentaje ha incrementado en la mayoría de esos países (Palloni 1999). Datos para el Ecuador indican que el 18% de los hogares está sostenido únicamente por las mujeres (CEDAW 2002).

El trabajo de Nadia Ruiz apela a una resignificación de la categoría "madres solteras", tanto en el discurso científico como en el de desarrollo, para identificar a este grupo no sólo como perdedoras o víctimas vulnerables, sino como líderes en el trabajo ambiental de sus comunidades. Las entrevistas realizadas por ella en el Carchi demuestran la presión del esposo y otros

para que una mujer casada se quede en casa. No obstante, Nadia Ruiz considera que la familia actúa, simultáneamente, como inhibidora e impulsora de la participación femenina en el trabajo ambiental. Cada familia es distinta. Ana, la primogénita bien amada, recibió el apoyo familiar para el cuidado de sus hijas y la realización de las tareas domésticas, así como también el apoyo moral. "En las capacitaciones me daba mi tiempo y mis papás en mi casa me han comprendido." Al mismo tiempo, Ana expresa sus desafíos emocionales en las iniciativas que ha tomado: "Dificultad también, por dejar a mis hijas."

En el caso de Ana, ser soltera parece haberle dado más libertad para participar en las reuniones comunales y, después, capacitarse y trabajar. Ella cuenta: "En las comunidades hay mucho machismo. Veo que como no tengo marido, a mí nadie me va a decir '¿a dónde se va?', o '¿con quién se va?'" Al mismo tiempo, mujeres como Ana tienen más responsabilidades prácticas, que a veces compiten con las profesionales, ya que estas últimas tienden a ser diseñadas pensando en empleados varones y en horarios de trabajo incompatibles con las necesidades de cuidado de niños, niñas y personas mayores dependientes. Ana señala:

Una madre de familia va a tener limitantes. Hay que tenerlo presente para que el grupo pueda ayudarla. Tiene que cumplir doble rol: como madre y como padre. Tiene que ir a la sesión de sus hijitos al colegio "¿Cómo hago? No puedo". He estado consciente de esto y lo he hablado con los compañeros: "tienen que entender que uno es soltero y el otro es casado. Uno no tiene obligación, no va y punto. El casado tiene un reemplazo".

En sociedades en las cuales una proporción grande de la población económicamente activa no vive en pareja o bajo el modelo de familia nuclear, el predominio de una división de trabajo entre hombre-trabajo productivo/ mujer-trabajo reproductivo, limita no sólo las oportunidades de las solteras, sino también el desarrollo de la sociedad.

Es importante reconocer cuáles características del paisaje intelectual pueden reproducir ideologías de género que no coinciden con las realidades vividas. Tal vez aun más vital es confiar en que al forjar nuevos paisajes intelectuales se puede desmitificar los paradigmas inadecuados y dar cabida a nuevas visiones y acciones. Reconociendo que el incremento de hogares liderados por mujeres es una tendencia importante en casi todos los países en vías de desarrollo, vale la pena resignificar el paisaje intelectual para realzar el potencial de este sector.

5. La cuestión de ¿quién? y la unidad de análisis

Para investigar, analizar o trabajar con género y ambiente necesitamos identificar empíricamente **quién** tiene acceso a los recursos y espacios y a cuáles, **quién** los usa y **quién** decide al respecto. Los censos y encuestas demuestran que "la familia nuclear" no es la unidad de análisis adecuada para estudiar o trabajar con las poblaciones actuales de América Latina. Y la investigación de campo demuestra que, en muchos contextos, las categorías básicas de "hombre" y "mujer" tampoco son las adecuadas para captar las relaciones actuales entre género y ambiente.

El *homo sapiens* manifiesta un dimorfismo biológico relativamente menor, aunque frecuentemente es el que sirve de referente para una construcción simbólica binaria. Sin embargo, en algunas tradiciones socioculturales se incluyen tres o más grupos de género: en Brasil, por ejemplo, el hombre, la mujer y el travestí (Kulick 1998). En otras, las categorías generales comprenden grupos diferenciados –la madre-esposa, la monja y la prostituta– en aquellos contextos latinoamericanos donde las adultas pueden ser divididas en tres categorías exclusivas, cada una portadora de sus propias características de género: distintos espacios residenciales, distintos roles y recursos económicos, distintas actividades productivas y reproductivas, distintas identidades y prácticas sexuales, vestimentas, maquillajes, etc. (Lagarde 2005).

Un estudio reciente sobre los roles de género en la pequeña minería del oro en Zaruma y Portobelo, Ecuador (Betancourt 2007) identifica tres roles principales entre los adultos de esa zona: hombres mineros, mujeres casadas que "ayudan" en la minería y trabajadoras sexuales. El investigador, Sebastián Betancourt, recalca que existe una diferenciación importante en la posición económica de los tres grupos: los hombres que trabajan en la minería del oro son remunerados con dinero que lo reciben ellos mismos; el trabajo de las esposas en esa minería genera dinero que es pagado a sus esposos; las trabajadoras sexuales reciben directamente la remuneración por su trabajo.

En la sierra de Ecuador, Alexandra Costales estudia no solamente las diferencias construidas entre hombres y mujeres, sino también las existentes dentro de cada grupo en relación con las percepciones del ambiente y el acceso diferenciado a los espacios ambientales. Ella descubre que la relación con el paisaje no está organizada sólo por dos categorías de género –hombres y mujeres– sino que las jóvenes forman una categoría de identidad relacionada con la fertilidad, la cual es controlada restringiendo sus movimientos,

mientras las posmenopáusicas y las niñas impúberes tienen otros roles e identidades, las mismas que les permiten acceder a otros espacios; inclusive pueden ir habitualmente a pastar en los cerros y quebradas donde abundan los entes que enferman a las jóvenes.

Además de estar cruzadas por la edad, las categorías culturales de género en Angla también ofrecen caminos individuales alternativos. Alexandra Costales describe a las *huarmi-cari*, "mujeres que se consideran a sí mismas como hombres pues dicen no temerle a nada, inclusive realizan las tareas agrícolas que se supone los hombres deben realizar; esto se debe a que a estas mujeres se les atribuyen características masculinas como el carácter, el coraje o la fuerza". La autora explica que las *huarmi-cari* son más resistentes a todo tipo de enfermedades, tienen más estatus que las otras mujeres y son aptas para ser curanderas o *yachaks*. Otras investigaciones confirman que, a través de los Andes, existen variaciones de la categoría *huarmi-cari* : personas sexuadas como mujeres quienes muestran características físicas y personales consideradas masculinas (fuerza, aguante, coraje, liderazgo).

Aunque nuestros esquemas académicos son binarios y también lo son muchos de los discursos culturales de los grupos estudiados, el funcionamiento práctico de los sistemas de género casi nunca lo es. Observamos que esos sistemas operan en múltiples niveles los cuales no necesariamente se corresponden entre sí; que existe movimiento entre las categorías a través del espacio y del tiempo; y que las identidades expresadas en relación con el ambiente no se encasillan fácilmente en dos categorías. Mientras se van acumulando investigaciones empíricas sobre realidades complejas, desarrollamos conceptualizaciones más matizadas de los sistemas culturales que organizan y dan significado a nuestros cuerpos, ambientes, prácticas, creencias e instituciones.

6. Procesos históricos y fuerzas históricas

Los estudios de género y ambiente en el Ecuador dan a conocer paisajes biofísicos y científicos organizados y significados por género, prácticas e ideologías que no siempre se corresponden entre sí, y una diferenciación compleja de roles y conocimientos relacionados con la sexualidad, el género y el ambiente. Tanto información sobre las realidades actuales merece preguntarse: ¿cómo llegó a ser así?

Siguiendo a Silverblatt (1990), Alexandra Costales interpreta las creencias y prácticas de la comunidad de Angla; las considera el resultado de un sincretismo histórico entre los roles y relaciones andinas prehispánicas y los complejos culturales impuestos por los europeos durante la conquista y la colonia. Notables entre las introducciones coloniales son la conceptualización de la mujer como frágil, débil, permanentemente menor; la vinculación de la honra familiar con la castidad de las mujeres de la familia, y la conexión que establecieron los españoles entre los lugares sagrados y el diablo.

Junto a esta historia temprana es también necesario examinar el impacto del estado moderno, las fuerzas neo-coloniales y los empujes continuos del desarrollo moderno sobre las actuales relaciones género-ambiente. Observamos, por ejemplo, que el desarrollo de la pesca industrial implica no solo un incremento de tecnología e inversión de capital, sino también una jerarquización de roles y una segregación por sexos. Vimos que la expansión de la propiedad privada en Bolivia, mediante la titulación de las parcelas campesinas, concentró la tenencia legal de la tierra en manos de los hombres, y que la implementación del proyecto de modernización agrícola aumentó el poder de ciertos hombres y empobreció a ciertas mujeres. También observamos que junto con la expansión de la migración laboral masculina en el Ecuador y los países vecinos, muchas agricultoras realizan toda la gama de labores agropecuarias, tanto las consideradas "masculinas" como las consideradas "femeninas". Mirando hacia el futuro percibimos que la decisión de cobrar entrada a espacios naturales públicos, como los parques en las urbes, puede influir en la distribución por género y clase de las personas que ahora los disfrutan gratuitamente.

Los estudios comprueban que todo tipo de cambio en la sociedad influye en los sistemas de género y en sus relaciones con el ambiente. Por eso, encuentro ingenua preguntas tales como: ¿Es o no es legítimo que un proyecto de gestión ambiental influya en los roles y relaciones de género? ¿Deben o no deben intervenir las organizaciones estatales y las ONG en las relaciones familiares? Toda intervención externa, independientemente de su propósito, promueve cambios en los roles, relaciones y valoraciones de género y de la familia. La cuestión no es hacerlo o no hacerlo, la cuestión es ser consciente y responsable, o no serlo, de los impactos causados por las intervenciones que hacemos, entre ellos las huellas menos perceptibles e imprevistas que dejan en los terrenos socioambientales. En muchos casos, las instituciones que provocan mayores impactos de género y ambiente son aquellas que

no plantean medidas o estrategias para incidir en los sistemas de género, ya sea porque perpetúan sistemas injustos, o porque introducen nuevas desigualdades de género junto con la provisión inequitativa de conocimiento y tecnología o con el fortalecimiento organizativo de un grupo y no de otro.

¿Cómo concebir y provocar impactos positivos en los procesos históricos? La UICN (Aguilar et al. 2002) considera que la conservación es una oportunidad para promover la equidad, debido a que muchas acciones novedosas para las comunidades, en términos de conservación y manejo de recursos naturales, no han sido clasificadas como pertenecientes a uno u otro grupo. Es cierto, por ejemplo, que el rol del ingeniero forestal y del guardaparque tradicional son trabajos e identidades asociadas con los hombres. Sin embargo, el trabajo de "guardaparque comunitaria" es un rol nuevo que puede ser organizado y significado de muchas maneras. En las visiones ideológicas detrás de la conservación comunitaria, la participación de todas las personas y el beneficio para mujeres y hombres, coincide con el manejo sustentable de los recursos naturales de los cuales toda la humanidad depende.

Las visiones desarrolladas por diversos feminismos y ecologismos pueden motivar cambios en nuestras prácticas cotidianas y decisiones políticas que contribuyan a construir sistemas más equitativos y sostenibles. Especialmente prometedoras son aquellas visiones en las cuales una mayor equidad social y una mejor condición humana están íntimamente vinculadas a cambios en las relaciones con la naturaleza: Joan Martínez Alier (1992 y 2005), María Mies y Vandana Shiva (1993), Richard Peet y Michael Watts (2004), Juan José Tamayo (1999), Margarita Velázquez (1996).

Quienes impulsan acciones en pro de la conservación tienen la enorme oportunidad de desarrollar propuestas equitativas de participación que permitan a hombres y mujeres, ricos y pobres, trabajar en igualdad de condiciones en el desarrollo de actividades innovadoras. De esta forma, no sólo se logrará alcanzar los objetivos de conservación, sino que, a la vez, se contribuirá a disminuir la discriminación e inequidad mediante la creación de posibilidades de acceso equitativo a las oportunidades y beneficios de las acciones ambientales.

Las preguntas y perspectivas abiertas por los estudios publicados en este libro tienen gran potencial para influir en los procesos históricos sociales y ambientales del Ecuador. Después de décadas en las cuales, como señalan Susan Poats, María Calderón y María Cuvi (2006, 11), "la mayoría de la investigación en la que se brinda atención explícita al tema de género y ambien-

te, o mujer y ambiente, fue realizada por extranjeras-os, tanto tesis como estudios hechos con financiamiento externos (y de que) los resultados fueron publicados en el exterior en inglés (...) muy pocos han sido traducidos al español y publicados”, el presente libro testimonia un nuevo balance del conocimiento y poder analítico caracterizado por una producción intelectual local, que contribuirá a la construcción de una sociedad y un ambiente más sanos, más equitativos y más sostenibles en el Ecuador.